

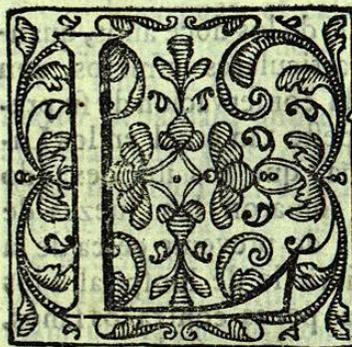
San Casanova d. & Jo. Mec. 1762



LIBRO PRIMERO
 DE LA VIDA PRODIGIOSA
 DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
F. SEBASTIAN DE APARICIO
 RELIGIOSO LEGO DE LA REGULAR
 Observancia de N. S. P. S. Francisco.

CAPITULO I.

*Patria, Padres, y Nacimiento del V. Aparicio,
 y esmeros de la Divina Providencia en conser-
 var su vida.*



A VILLA DE GUDIÑA,
 casi desconocida en otro
 tiempo al mismo Reyno de
 Galicia por su pequeñez,
 se hizo lugar entre las mas
 célebres Ciudades del Or-
 be desde el dia veinte de
 Enero del año de mil qui-
 nientos y dos, en que vió
 nacido en su suelo à nues-
 tro Sebastian. Fueron los Padres de éste, Juan de
 Aparicio, y Theresa del Prado, humildes Labrado-
 res;

A

res; pero illustres en la pureza de la Religion, y las costumbres. Este era el capital, con que aspiraban à enriquecer à sus hijos, educandolos en el santo temor de Dios, sin el qual es vanidad la mayor nobleza. La mas apreciable de la índole, de que havia dotado el Cielo à Sebastian, hizo concebir desde luego à sus Padres la esperanza de que se lograsse en él, à toda satisfaccion de su christiano zelo, su cultivo. Y en efecto, el haver observado en él una pronta obediencia en executar los órdenes de sus mayores, una como genial inclinacion à los exercicios de piedad, y devocion, aun en la edad pueril, consumiendo en el Templo aquellas horas, que le permitian à su descanso las ocupaciones, en que ya era util à los suyos; la moderacion de su lengua, la modestia de sus ojos, y el todo de cada una de las acciones de su vida; assi como indicaban claramente en él un natural proporcionado para todo lo bueno, les confirmaba mas de dia en dia en lo bien fundado de aquella su esperanza, segun que iba adelantando en la edad el niño Aparicio.

Apenas tocaba este la de los doce años, quando declaró el Cielo los particulares esmeros, con que atendia por su parte à la conservacion de su preciosa vida. Encendiòse una peste tan cruel en los Lugares comarcanos de Gudiña, que los iba dexando casi desiertos; por lo que tomaron los Juezes de aquel Partido la providencia de prevenir cerca de la dicha Villa una Casa, que sirviesse de Hospital à los apestados; intimando algunas penas contra los sanos, que se acercassen à ella, para evitar assi la propagacion del contagio. No bastò la prudente diligencia, para libertar de él al niño Sebastian: y afligida su

Ma-

Madre de que si lo llevaban al Hospital destinado para su curacion, se le impossibilitaba el consuelo de assistirle, arbitrò trasladarle à una deshecha Casa fuera del Lugar, entre cuyas ruinas se ocultaba un pequeño aposento. Visitábale en él quantas veces podia sin despertar la curiosidad de sus Paisanos, ministrándole aquellos remedios, y regalo, proporcionados à su escasez. Mas al tercero dia se le encendiò desuerte la fiebre pestilente, acompañada de un contagioso tumor, que lo puso à las puertas de la muerte. Afligida la Madre se salió del Quarto, llorando ya cádaver al que, segun el estado en que le dexaba, contaba en su concepto los últimos momentos de la vida. No le diò lugar el dolor à cerrar la puerta de la choza, diligencia, que havia observado cuidadosa en sus anteriores visitas, como tan conducente à evitar la noticia de su contravencion, al orden publicado; con cuya omision le quedò el passo franco al Ministro destinado por la Providencia, para que restituyesse al deplorado enfermo de la muerte à la vida, por medio de la mas diestra curacion.

Fue, pues, el caso: que hallandose en aquellos términos, en que le havia dexado la Madre, se entrò hasta el miserable lecho en que yacia mal cubierto Sebastian, uno de los muchos Lobos de que abunda aquel Pais, dirigiendose desde luego àcia la parte infestada del tumor; y usando lo primero, como de lanzeta, de sus dientes, se lo abrió quanto fuè necessario para la total extraccion de sus materias; aplicando despues la boca à chuparlas; y ultimamente lamiendo con la lengua la cisura, hasta dexarla del todo cicatrizada, y tan sano à Aparicio, que concluida la operacion, advirtiendole, que estaba

la

la puerta abierta, se levantò à cerrarla, y volviò (lleno de aquellos afectos, que era natural le excitasse su christiana gratitud) à su lecho à acostar.

Cuidadosa, como correspondia, repitiò Theresa su visita à aquel funesto alvergue, y al llegar à su puerta, hallándola cerrada, se redoblaron sus temores: porque acordandose, que quando se partiò de èl la última vez la havia dexado abierta, se persuadiò à que descubierto por los Ministros de la Justicia su piadoso engaño, havian llevado à su hijo, ò muerto para darle sepultura, ò medio vivo para que fuesse à morir al Hospital. Acogoxada, y confusa resolviò abrir, y dando el primer passo, fuè mayor su sorpresa al ver, que levantandose Sebastian, la recibì, manifestando en la alegría del rostro su total sanidad: satisfaciendo luego su estrañez con referirle el assombroso medio, de que havia usado el Altissimo para curarlo. Apenas encontraba la gozosa Madre expressions, con que celebrar el prodigio, y dando por èl al Todo Poderoso las mas debidas gracias, conduxo al niño à casa, donde le recibì su Padre con igual admiracion, magnificando de nuevo los tres al Altissimo à vista de tan visibiles maravillas del poder de su Brazo.

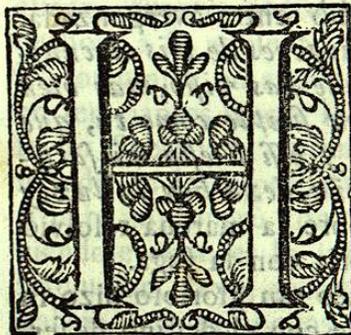
Sirvieron éstas de nuevo estímulo à los christianos fervores de Aparicio, aplicandose con mayor esmero, no solo al aprovechamiento de si mismo en la práctica mas frecuente de exercicios espirituales; sino en la de los corporales al de las mayores utilidades de la familia. De el de guardar algunas Bacas de sus Padres passò, aun sin lograr aquellas treguas de la instruccion en las primeras letras, comunmente concedidas à la puericia, à la de la siem-

bra,

bra, y cultivo del campo; hasta que cumplidos los veinte años, se resolviò à dexar su Patria, Casa, y Padres, en que dexaba mucho por sin duda, separandose de aquellos, à quienes assi la naturaleza, como la virtud, havian representado siempre de lo mas amable.

CAPITULO II.

Auséntase Sebastian de la Casa de sus Padres, y consigue repetidos triumphos su virginal pureza.



HAVIA destinado el Cielo para mayores emprezas à nuestro Joven, y assi lo sacò de su Patria para ir dando estension al theatro proporcionado à su grandeza. De Galicia passò à Castilla, y habiendo entrado à servir à una Señora Viuda en Salamanca, hallò en su Casa la palestra, en que havia de hacer el primer alarde de su valor su virginal pureza. Desempeñaba Aparicio con tal puntualidad el ministerio de proveer con unos Jumentillos desde la distancia de una legua de la Ciudad lo necessario para el servicio de la Casa, y alimento de la Señora, que se hizo un especial lugar en la atencion de ésta. De la atencion passò al agrado, y dexando correr éste hasta los terminos de un desordenado afecto àcia el sencillo, è innocente Criado, llegó à los abominables de la desemboltura.

Con el pretexto de que le llevasse una noche

una

una candela encendida à la Recámara, en que aquella dormía, hizo que entrasse en ella Sebastian, y comenzó à desnudarse luego en su presencia. Pero conociendo el fiel Siervo los impuros designios de la licenciosa Ama: *Pareceme, le dixo con gallarda resolución, que desdize assi de vos, como de mi, el que los hombres sean testigos de semejantes cosas; y pues hay Criadas en Casa, sería bien que entrassen éstas, y me quitassen la vela de las manos; que quando ellas las vean, nada importa, porque al fin son mugeres como vos.* Ella, que se vió tan christiana, como discretamente reprehendida: *Advierte, Sebastian, le respondió entre avergonzada, y colérica, que quando las mugeres de mis circunstancias se resuelven à lo que has visto; mas bien se quieren fiar de un hombre simple como tu, que de sus Damas, y Criadas; y assi si esta mi satisfaccion te ha parecido estraña, dexa hay la luz, y véte norabuena:* dixo. Y sobre la marcha resolvió Sebastian completar su victoria con la fuga.

Cargado de un trophèo tan glorioso hizo su retirada à Andalucia, siempre con el destino de servir en ministerios baxos, y laboriosos, en que al tiempo que fatigaba la carne, humillaba tambien el espíritu. Uno, y otro le proporcionò la Providencia en San Lucar de Barrameda en la Casa de dos Doncellas huerfanas, que necessitando como tales de un Ministro vigilante, à cuya quenta corriessè el cuidado de su hazienda, hallaron en Sebastian, no solo el mas proporcionado para el aumento de los bienes de fortuna; sino un fiel Director, que con los raras exemplos de su modestia, y christiana piédad, les inspirasse dictámenes de continencia, y devocion.

Al

Al favor de una conducta tan arreglada se adquirió la benevolencia de toda la familia; pero llegó à tal punto el amor de una de las dos niñas, que rotas las riendas del rubor, corrió hasta tropezar, y caer en los últimos precipicios de immoderado. Comenzò à explicarse aquel, primero con algunas demostraciones equívocas, que en el genial candor de Aparicio passaban por efecto de la simplicidad de la femenil gratitud. Pero viendolo aquella tan insensible à sus mal explicados pensamientos, se persuadió à que le rendiría por medio de un assalto, tanto mas eficaz, quanto nocturno, è impensado. Arrojàse à deshora à su aposento, y cama: y apenas comenzaba à prorrumpir en aquellas expressiones, de que se vale en semejantes lances la torpeza, quando saltando del lecho Sebastian, cerrando à ellas el oído, y reanimando en la sorpressa todas las fuerzas de su espíritu, le improperò con tal ardor el atentado, que haciéndole conocer lo infinitamente detestable de la resolución, dexò, quando le volvió la espalda, Magdalena, à la que pocos momentos antes temió Frine.

Nuevamente escarmentado dexò à San Lucar, y llegando à Zafra entrò à servir à D. Pedro de Figueroa Primo del Duque de Feria, el qual lo dedicò al exercicio de llevar, y traher paños à un Batán, à que atendia con aquel cuidado, que le hizo siempre recomendable à qualquiera de los Sujetos à quienes servia. No tuvo otro motivo la hija del referido D. Pedro para hacer à Aparicio, viendolo llegar cansado de su trabajo, un regalillo comestible: y recibiendo este mui ageno de aquellas delicadezas, que previene, especialmente en semejantes lances el comun ceremonial de la política, lo alargò al punto à

uno

uno de los Jumentos de su exercicio. Resentida la niña de la desatencion: *Bien dicen*, le dixo con donayre, *que no es la miel para la boca del asno, pues sin estimacion dais à uno de ellos la ojarasca, que yo os di con cariño.* A que respondió Aparicio: *que no sabia que fuesen ojarascas, porque jamás en su tierra las havia comido.*

Este, y otros disgustillos de no mayor consideracion le hicieron despedirse de aquel Señor; y habiendo entrado en Guadalcanal, enfermò de una fiebre aguda, en cuya curacion le fuè preciso gastar quanto havia adquirido en Zafra, en el espacio de diez meses que havia servido. Alegre sin embargo en medio de sus trabajos, siguiò su jornada à pie, hasta llegar segunda vez al Puerto de San Lucar, con ánimo de ganar à costa del sudor de su rostro su sustento. Facilmente encontrò un Labrador acomodado, que necessitando de Sujeto cuidadoso para el gobierno de una quantiosa hacienda de labor, calificò de tal à Sebastian; y el éxito de las mas colmadas cosechas, que debió à su aplicacion, y vigilancia en el espacio de siete años, le hicieron ver el acierto con que havia procedido en su eleccion.

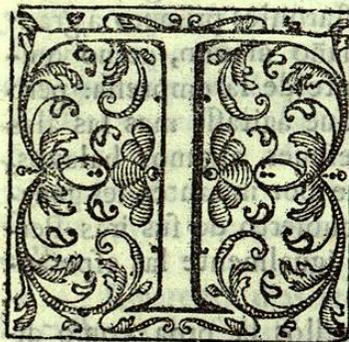
Comenzò por este tiempo à explicar sus deseos de passar à la Nueva España: y persuadido el dueño de la Hacienda à que fuesen efecto del escafo salario, que le daba, se lo aumentò señalándole al mismo tiempo tierra, y semillas con los aperos necessarios, para que sembrasse por su quenta (como efectivamente lo hizo) dos fanegas de trigo, con lo que fuè entreteniendo aquellos sus deseos: disponiéndolo assi la Providencia, no solo para que del producto de su abundante cosecha tuviesse con que so-

correr

correr à sus Padres, reservando para sí lo muy preciso; sino para dexar gravada en la Europa su virginal pureza una victoria mas relevante, que quantas admirò Egypto en su Thebaida, que referirèmos en el Capitulo siguiente.

CAPITULO III.

Triumpho maravillosamente la virginal pureza de Aparicio en el último peligrosissimo assalto, que padeció en la Europa.



ENIA una hija cierto Caballero de Ayamonte, à cuya nobleza, y hermosura servian de preciosissimo esmalte las riquezas: visitaba su Casa un Joven Hidalgo Criado del Señor de aquella Villa, el qual enamorado de la Doncella logrò su correspondencia hasta los términos de darse mutuamente palabra de Esposos. Sin embargo de este seguro se persuadiò el Mancebo le era imposible poner en execucion en Ayamonte sus designios; por lo que determinò prevenir un Barco con la tripulacion, y bastimentos necessarios, y una noche à cierta hora sacar à la Doncella de su Casa, y passarse con ella à Lisboa con el fin de contraher alli el matrimonio ya pactado: y habiendo participado à aquella sus intentos, no solo los aprobò; sino que recogiendo quantas joyas pu-

B

do